

## **IV. MISIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, UNIVERSIDAD, EMPRESA**

---

### **La cultura como tarea radical de la universidad. Un tema orteguiano para homenajear a José Juan Romero S. I.**

**Julio Luis Martínez Martínez S. I.<sup>1</sup>**

El feliz motivo del homenaje al profesor José Juan Romero me ha movido a ofrecer una humilde reflexión sobre los desafíos éticos de la educación superior a partir un tema tan orteguiano como es el de la cultura como misión primordial de la universidad. Lo haré de un modo contextual y, por tanto, explicitando el “desde dónde” lo afronto, que en mi caso es desde la Universidad Pontificia Comillas, la universidad jesuita de Madrid. A través de mi trabajo en Comillas he tenido la suerte de entrar en relación con el padre Romero y recibir su visión acrisolada en una fecunda y prolongada experiencia como universitario y jesuita.

#### **I. Un difícil contexto que desafía a la Universidad**

El contexto en el que acometo las preguntas no es solo local ni siquiera regional, es el de un mundo interdependiente en el que los problemas tienen sus acentos y especificidades particulares pero ya no son solamente asuntos que competan a una determinada zona. Eso sí, creo que la apertura a lo global no debe hacernos perder el sentido de lo local y concreto, para no hacer abstracción de la realidad y perder así la capacidad de actuar y responder.

Poniendo el foco en Europa, a lo largo los últimos años asistimos entre sobrecogidos y temerosos a fenómenos que nos están impactando a nosotros y a nuestras sociedades, y que incluso ponen en cuestión aspectos nucleares de nuestro ser. Se trata de situaciones humanamente muy duras como la de los miles de refugiados y migrantes que llegan a una Europa, que no ha sabido muy bien qué hacer con ellos, aunque

---

<sup>1</sup> Rector. Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

se siente en la cúspide del respeto a los derechos humanos y de la civilización; y la situación de la amenaza y el ataque del terrorismo *yihadista* contra las libertades fundamentales. Ambas situaciones son reales y, a la vez, simbólicas; poseen una enorme complejidad, que resiste cualquier afán de simplificación, y un altísimo potencial desestabilizador como se ve por los miedos de la gente y por el fortalecimiento de la xenofobia, que sabe aprovechar la coyuntura. En fin, ambos lanzan preguntas radicales a nuestro modo de vida y los valores que decimos defender y practicar. Son desafíos que lanzan grandes cuestiones éticas de las fronteras existencias de la vida humana y que despiertan temas como la movilidad humana causada por la pobreza, la desigualdad creciente o la guerra; así como las cuestiones del diálogo entre religiones y culturas o la integración de las sociedades con creciente diversidad. Son cuestiones que afectan a todo el planeta pero que en Europa han hecho acto de presencia de manera disruptiva e hiriente.

¿Será cierto eso que afirma la Carta magna de las universidades europeas de que

*el porvenir de la humanidad depende en gran medida del desarrollo cultural, científico y técnico que se forma en los centros de cultura, de conocimiento y de investigación en que se han convertido las auténticas universidades?*

Cuando lo difícil no es solo hacer el bien sino incluso conocerlo se puede decir que vivimos en una época “dominada por el concepto de crisis”. Crisis económica, crisis de las instituciones, crisis de la familia, crisis de los refugiados... Tantas crisis, que

*esconden el miedo y la profunda desorientación del hombre contemporáneo, que exigen una nueva hermenéutica para el futuro. A pesar de todo, el término “crisis” no tiene por sí mismo una connotación negativa. No se refiere solamente a un mal momento que hay que superar<sup>2</sup>.*

Por la paradoja de la globalización y de cómo debilita las raíces culturales, muchos saben que los caracteres chinos para nombrar “crisis” hablan de *amenaza* y *oportunidad*, pero ignoran que la palabra viene del griego “krisis” y remite al verbo “krinein” (decidir, separar, juzgar). Por eso les dijo el papa a los líderes europeos la víspera de los 60º aniversario de los Tratados de Roma tras hablar de las crisis: *nuestro tiempo es un tiempo de discernimiento, que nos invita a valorar lo esencial y a construir sobre ello; es, por lo tanto, un tiempo de desafíos y oportunidades.*

En los diferentes temas, cuando ahondamos un poco en ellos, se nos revela una profunda crisis –mucho más que económica y financiera– que nos exige buenos análisis y valientes respuestas, de los que no pueden quedarse al margen las universidades, no porque tengan que hacer algo que no corresponda con su ser, sino por el mismísimo desempeño de sus funciones. Han de responder según la triple misión propia de toda universidad: investigación, docencia y responsabilidad y servicio a

---

<sup>2</sup> FRANCISCO (2017) *Discurso a los Jefes de Estado y de gobierno de la Unión Europea presentes en Italia para la celebración del 60 aniversario de los Tratados de Roma* (Vaticano, Sala Regia, 24 de marzo).

la sociedad<sup>3</sup>, tal como lo formula la *Carta magna de las universidades europeas* (Bolonia 18-9-1988) y como recoge el n. 12 de su equivalente católica, la *Ex corde Ecclesiae* (15-8-1990)<sup>4</sup>.

## 2. ¿Por qué la cultura debería ser parte esencial de la misión universitaria?

En 1930, en su ensayo *Misión de la Universidad*, Ortega veía la enseñanza superior con dos grandes objetivos: la enseñanza de las profesiones intelectuales y la investigación científica y la formación de investigadores. La Universidad *enseña a ser médico, farmacéutico, abogado, economista, administrador público, profesor de ciencias y de letras en la segunda enseñanza...*; y, además, en ella *se cultiva la ciencia misma, se investiga y se enseña a ello*. Pero a esas dos tareas primordiales, siempre entrelazadas, añadía la exigencia de una tercera: que el universitario reciba *cultura*, entendiéndolo por ella

*sistema de ideas vivas que el tiempo posee. Importa un comino que esas ideas o convicciones no sean, en parte ni en todo, científicas. Cultura no es ciencia. Es característica de nuestro tiempo que parte de su contenido proceda de la ciencia, pero en otras no fue así...*<sup>5</sup>.

*Cultura es todo lo contrario que el ornamento; es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento*<sup>6</sup>. Con la tajante afirmación de que *esa es la tarea universitaria radical. Eso tiene que ser antes y más que ninguna otra cosa la Universidad*<sup>7</sup>.

Ortega tenía claro que la cultura y la profesión, sin ser ellas mismas ciencia, se nutren principalmente de ella<sup>8</sup>, aunque descubría en la investigación científica una poderosa causa que debilitaba la importancia de la formación cultural y el propósito de la formación profesional<sup>9</sup>. Esta doble afirmación, que hoy podemos dar más que por verificada, le llevaba a pedir que la investigación no se erigiese en reina y señora, así como a formular la necesidad de *humanizar al científico*<sup>10</sup>.

---

<sup>3</sup> En la actual sociedad del conocimiento, a las dos funciones de las universidades de enseñanza superior e investigación se ha añadido una "tercera misión" de responsabilidad social, que algunos articulan en tres ejes: emprendimiento, innovación y compromiso social. Volveremos sobre ello más adelante.

<sup>4</sup> JUAN PABLO II (1990) *Ex corde Ecclesiae* (ECE).

<sup>5</sup> ORTEGA Y GASSET, J. (1982) *Misión de la Universidad*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 36.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 35.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 38.

<sup>8</sup> *Ibid.*, 74.

<sup>9</sup> *Ibid.*, 54.

<sup>10</sup> *Ibid.*, 70.

En efecto, la acentuación de los aspectos profesionales y de investigación como funciones de la Universidad contemporánea en detrimento del aspecto cultural de la formación humana, que en su origen medieval constituía el elemento capital de la enseñanza universitaria, suponía para Ortega una evidente *atrocidad* de consecuencias funestas. La Universidad como diseñadora del profesional y del investigador más sabio que nunca pero también el más inculto, *retrasado con respecto a su época, arcaico y primitivo en comparación con la terrible actualidad y fecha de sus problemas*.

Aquello que Ortega echaba en falta la formación cultural en la universidad de su tiempo, hoy no es menos clamoroso pues, en general, la educación superior ha renunciado a esta función de transmisión de cultura, en el sentido orteguiano, porque el neutralismo es casi un dogma y la cultura tiene que ver la dimensión antropológica y ésta con el sentido de la existencia y, consiguientemente, con algo que se interpreta como *políticamente incorrecto*, porque introduce en el territorio de lo no neutral. La cultura tiene que ver con *el alma* que el político católico francés Robert Schuman pidió a mitad del siglo pasado para Europa, tomando la expresión del filósofo Henri Bergson. Y difícil está en instituciones que, como ha explicado quien fue rector de la Universidad Complutense, Rafael Puyol,

*en el momento presente todos los tradicionales modelos que han coexistido durante siglos –el humboldtiano, el napoleónico, el inglés, el norteamericano– se han polarizado entre las universidades de corte estatalista y generalista y el pragmatismo norteamericano con su “universidad organización”, que responde a una sociedad centrada en el crecimiento económico y la innovación tecnológica y que deja un tanto de lado la formación cultural y de valores...<sup>11</sup>.*

Evidentemente nadie osa decir que la Universidad no deba formar en cultura, pero la cuestión es en qué se acaba poniendo esta formación. Sorprendentemente algunos dicen que lo que Ortega pide respecto a la formación cultural *a la altura de los tiempos* enlaza con claridad con ideas actuales sobre la *tercera misión*<sup>12</sup>, entendida como la que se orienta, sobre todo, a aplicar la ciencia, es decir, a transferir el conocimiento a la sociedad, y poder responder a la demanda social de su tiempo que, en esta época, tal y como se ha indicado, se viene concretando en la *función emprendedora y de innovación*, compromiso de la Universidad como agente de creación y transferencia de conocimiento en la sociedad actual. No deja de ser una idea ingeniosa y sugerente, pero la formación cultural de Ortega no puede transustanciarse en ese enfoque de universidad emprendedora e innovadora. Me parece que ese modo de concebir y desarrollar lo que entraña la *tercera misión* que apuesta por el emprendimiento y la innovación tiene muchísima importancia y valor. En absoluto minusvaloraría esa sinergia de las universidades con otros agentes sociales. Pero creo que tenemos el

<sup>11</sup> PUYOL, R. (2001) “La Universidad y las dos culturas: una integración necesaria”, en: AA.VV., *La Universidad en la sociedad del siglo XXI*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, Fundación Santander–Central Hispano, 27–34, en p. 28.

<sup>12</sup> BUENO CAMPOS, E. (2007) “La Tercera Misión de la Universidad: el reto de la transferencia del conocimiento”, *mi+d* n. 41 (acceso 15-VII-2017).

grave riesgo de utilizarlo como huida hacia adelante que impida parar mientes en la formación cultural.

### 3. Cultura vs. Tecnocracia

Tres años antes de la llegada de Hitler al poder, Ortega escribía que

*el profesionalismo y el especialismo, al no ser debidamente compensados, han roto en pedazos al hombre europeo, que por lo mismo está ausente de todos los puntos donde pretende o necesita estar... El desmoronamiento de nuestra Europa, visible hoy, es el resultado de la invisible fragmentación que progresivamente ha padecido el hombre europeo*<sup>13</sup>.

A quien se pregunte hoy por las causas de la actual crisis de Europa, no le vendrá mal reflexionar sobre esas palabras y ver si, “mutatis mutandis”, se nos pueden aplicar.

Asistimos a cambios muy profundos en todos los ámbitos: globalización económica y social, desigualdad creciente, multiculturalidad convulsa, envejecimiento demográfico, insostenibilidad medioambiental, redefinición del trabajo en una economía digital están trastocando el aparentemente orden sencillo de antaño y nos introducen directamente en la perplejidad. Captar e interpretar la complejidad creciente del mundo en el que vivimos hace necesario contar con conocimientos y herramientas multidisciplinares. Lo cuantitativo y lo económico se han convertido en referentes inexcusables del debate público, pero se echa de menos con frecuencia el rigor, la reflexión matizada y el sentido crítico...

El ‘Brexit’ ilustra bien en torno a la importancia de hacer esta reflexión. La visión tecnocrática, centrada en la racionalidad de los datos –sobre todo económicos– a favor de la permanencia frente al discurso emotivo e identitario partidario de la salida. El resultado: incertidumbre económica y política; fracturas territoriales, sociales y generacionales; perplejidad ante el uso de instrumentos tan inequívocamente democráticos como un referéndum; democracia “posfactual”, donde los hechos no importan, tampoco la verdad, y son las emociones las que guían las decisiones políticas y se cuestiona un modelo de ciudadanía poco autoexigente.

Las ciencias, en todas sus expresiones, tienen por delante el reto apasionante de defender su propia identidad y misión: buscar la verdad según la propia epistemología, al servicio de la sociedad. Y su mayor riesgo estriba en ser instrumentalizadas por el poder. Precisamente ahí aparece la tan traída y llevada *tecnocracia*, que no se refiere a la aplicación de métodos técnicos a la solución de problemas definidos ni critica que algunos expertos pongan sus conocimientos y experiencia al servicio de la sociedad en la acción política (los “tecnócratas con corazón”<sup>14</sup>), sino que habla de un “ethos” penetrante, una visión del mundo que pone la tecno-ciencia al servicio de intereses

---

<sup>13</sup> Ibid., 40.

<sup>14</sup> Ver la defensa que hace S. ADROHER en su artículo “Tecnócratas con corazón”, ABC 5-V-2016.

(generalmente camuflados como neutrales) en los cuales priman factores como la mera utilidad, la eficacia o la funcionalidad. Ese “paradigma tecnocrático” subvierte no solo el sentido de la ciencia y la técnica, sino también la relación entre fines y medios, al otorgar a éstos últimos un rango que humanamente no les corresponde. Cuando una élite se sirve de la racionalidad científico-técnica para sus fines, puede acabar convirtiendo la realidad, también al ser humano, en objeto de experimentación o negocio bajo criterios puramente marcados por la eficacia o la rentabilidad. Muchas decisiones políticas, tanto en el ámbito económico como ante dramas humanos, no son ajenas a ese modo tecnocrático de proceder.

Deberíamos maravillarnos agradecidamente por tanta utilidad e incluso belleza como hay en los avances científicos y tecnológicos. Pero sin olvidar que la ciencia y la tecnología siempre implican valores y están vinculadas a un sentido del mundo, y no solamente en el uso que se hace de ellas. Pienso con el papa Francisco que *el inmenso crecimiento tecnológico no ha estado acompañado de un desarrollo del ser humano en responsabilidad, valores y conciencia, o que la posibilidad de utilizar mal el poder crece constantemente cuando no está sometido a norma alguna reguladora de la libertad, sino a los supuestos imperativos de la utilidad y la seguridad*<sup>15</sup>. Porque los avances de la tecno-ciencia no pueden, por sí solos, hacerse cargo de las preocupaciones ni del sentido del ser humano y de la existencia.

Si Francisco está pidiendo *ética sólida, cultura y espiritualidad*, Ortega urgía a tomar *la cultura como la tarea universitaria radical, por ser lo que salva del naufragio vital*. Y enfatizaba que el sistema vital de ideas y convicciones de cada tiempo no está formado sólo por ideas científicas:

*No seamos paletos de la ciencia. La ciencia es el mayor portento humano, pero por encima de ella está la vida humana misma que la hace posible. De aquí que un crimen contra las condiciones elementales de ésta no pueda ser compensado por aquélla*<sup>16</sup>.

#### **4. La cultura clama por ensanchar los horizontes de la racionalidad**

En la deriva que existe en todos los sistemas hacia el pragmatismo y el utilitarismo, con una tendencia hacia la fragmentación una considerable instrumentalización de la Universidad por la tecnocracia, debemos apostar por “ensanchar los horizontes de la racionalidad”. Esa reclamación ha estado continuamente en las reflexiones del papa Benedicto XVI<sup>17</sup>: resistir los intentos estrechos y fundamentalmente irracionales de limitar el alcance de la razón. No podemos aceptar sin más que los interrogantes propiamente humanos, es decir, de dónde venimos y a dónde vamos, los interrogantes de la religión

---

<sup>15</sup> FRANCISCO (2015) Encíclica *Laudato si'*. *Sobre el cuidado de la casa común* (LS) n. 105.

<sup>16</sup> ORTEGA, J., o. c., 37.

<sup>17</sup> CANTOS APARICIO, M. (2015) *Razón abierta. La idea de universidad en J. Ratzinger/Benedicto XVI*, Madrid, BAC, 68.

y de la ética, queden desplazados al ámbito de la subjetividad al no encontrar espacio en el terreno de la razón común descrita por la ciencia.

Por eso ha repetido Ratzinger que la gran tarea de la universidad debería consistir, frente a ese desplazamiento, en provocar la cuestión por la verdad en sentido pleno y en redescubrir constantemente la amplitud de la razón y la necesidad del diálogo interdisciplinar. Así la universidad puede ser un lugar privilegiado para la construcción de un nuevo humanismo, necesario ante el cambio cultural masivo, en el que estamos llamados a comprometernos para forjar la historia. En una institución del conocimiento tanto en su generación como en su transmisión la gran cuestión de fondo y lo que organiza todos los desafíos éticos es la búsqueda de la verdad, pero de eso no se habla ni se puede hablar. Lo que sucede Wittgenstein lo sentenció mejor que nadie en el último aforismo del *Tractatus*: *De lo que no se puede hablar mejor es callarse*. Vivimos un tiempo en que la verdad se ve seriamente ninguneada, recluida a la subjetividad. Y si eso pasa con la verdad, suerte parecida necesariamente correrá la ética.

No podemos rendirnos ante los procesos de la globalización que tienen como condición de posibilidad la revolución en las tecnologías de la comunicación y que expanden universalmente la superficialidad. La universidad ha de buscar modos prácticos para hacer posible el camino hacia la profundidad, la necesidad

*de elevar la calidad del nivel formativo de la sociedad, no sólo en el plano de la investigación científica entendida en sentido estricto, sino también, más en general, ofreciendo a los jóvenes la posibilidad de madurar intelectual, moral y civilmente, confrontándose con los grandes interrogantes que interpelan la conciencia del hombre contemporáneo*<sup>18</sup>.

Cuando exigimos a la política que no se subordine a la economía y que busque el bien común poniendo a las personas en el centro, reclamamos un *humanismo* que cultive una dimensión ética (no cosmética) de la vida y la profesión, un horizonte sapiencial donde los análisis y las decisiones, así como los logros científicos y tecnológicos, estén acompañados por valores filosóficos y éticos. Eso se aleja de todo *especialismo* estrecho y contraproducente, que va bien con la tecnocracia, pero no con la búsqueda de la sabiduría y el bien común. Es preciso y urgente que la Universidad deje espacio a la dimensión antropológica, tanto filosófica como teológica, *que permita mostrar y mantener el misterio propio del hombre, puesto que ninguna ciencia puede decir quién es el hombre, de dónde viene y a dónde va*<sup>19</sup>. Aquí está también la relevancia de la función de la formación cultural junto a la formación profesional e investigadora.

---

<sup>18</sup> Ibid., 74.

<sup>19</sup> Ibid., 79.

## 5. La cultura se nutre en las experiencias de inter(trans) disciplinariedad

¿Cómo prepararnos para afrontar la complejidad creciente y el reto de construir entre todos una sociedad y un mundo “humanos”? Si la realidad es multidimensional, no podemos comprenderla desde una perspectiva única; por eso es cada vez más necesaria los abordajes interdisciplinarios (en diálogo entre disciplinas) y transdisciplinar (en apertura a la sociedad y dejando que entren las preguntas del sentido de la existencia). Desde luego las ciencias proporcionan verdades imprescindibles que interpretan el mundo en sus áreas de conocimiento, pero parciales, pues ninguna de ellas nos entrega su último sentido. La realidad se puede estudiar por “parcelas”, pero ella misma no está “parcelada”, y por eso la interdisciplinariedad se vuelve imprescindible como cauce de respeto a una realidad compleja, no solo por conveniencia metodológica. Así lo reclama *Laudato si'*:

*una mirada distinta, un pensamiento, una política, un programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad que conforman una resistencia ante el avance del paradigma tecnocrático... Buscar solo un remedio técnico a cada problema ambiental que surja es aislar cosas que en realidad están entrelazadas y esconder los verdaderos y más profundos problemas del sistema mundial<sup>20</sup>.*

Claro que hay ciencia particular conociendo algo, pero solamente con eso no hay conocimiento que desemboque en sabiduría. El rigor y la honestidad con lo real convocan a una *superior síntesis del saber*<sup>21</sup>, a *más interdisciplinariedad que fragmentación y dosis muy importantes de discernimiento*<sup>22</sup>. Ninguno de los grandes problemas actuales puede ser abordado por disciplinas aisladas, hay que encontrar puentes entre los saberes y un *horizonte sapiencial*

*en el cual los logros científicos y tecnológicos están acompañados por los valores filosóficos y éticos, que son una manifestación característica e imprescindible de la persona humana (...) la búsqueda de la verdad, incluso cuando atañe a una realidad limitada del mundo y del hombre, no termina nunca, remite siempre a algo que está por encima del objeto inmediato de los estudios, a los interrogantes que abren el acceso al Misterio<sup>23</sup>.*

Quiero decir también que, a mi juicio, el desarrollo adecuado de la interdisciplinariedad conduce a la transdisciplinariedad; y no es un juego de palabras. Entiendo por ella la conexión entre los equipos de investigadores con los equipos que trabajan a pie de obra en los centros sociales, en el sentido amplio de lo social. Eso es muy importante para que *las ideas no pasen a ser más importantes que la realidad*, y para no se nos vayan las fuerzas entre las demandas del mercado y las del Estado. Y también hay

<sup>20</sup> LS, n. 111.

<sup>21</sup> ECE, n. 16.

<sup>22</sup> ALVAREZ DE LOS MOZOS, P. (2009) “Una investigación social al servicio del liderazgo apostólico”: *Promotio Iustitiae* 101, 64–72 (p. 67).

<sup>23</sup> JUAN PABLO II (1998) Encíclica *Fides et Ratio* (FR), n. 106.



transdisciplinariedad en la profundidad de la filosofía y la teología, cuando éstas participan en los diálogos interdisciplinarios a la búsqueda del conocimiento y la verdad.

## 6. Universidad, fuerza cultural y fuerza social

¿Cómo poder desempeñar esa función de formar culturalmente conjugándolas con la enseñanza y la investigación en estas encrucijadas del comienzo del tercer milenio? A mí me ayudan a orientar esta pregunta algunas reflexiones del P. Ignacio Ellacuría, SJ, rector de la UCA del Salvador sobre los dos son los aspectos que a su juicio constituían el ser de toda universidad: el más evidente, la Universidad trata con la cultura, con el conocimiento y con la inteligencia. Y otro no tan claro, pero igual de central, la Universidad es una fuerza social que tiene que responder a la realidad de la sociedad en la que existe, iluminándola y transformándola.

¿Cómo lo hace? No hay respuesta abstracta y válida de manera general, pues una universidad no puede hacer lo mismo siempre y en cada lugar en que esté. Debe encarnarse con profundidad universitaria en la realidad histórica a la que pertenece. Lo que sí tiene que buscar siempre es ser una comunidad intelectual que analice las causas; use la imaginación y la creatividad para descubrir salidas y soluciones a los problemas concretos; formando a sus alumnos para ser profesionales competentes y personas de conciencia que desde su libertad se determinen por ser agentes de transformación social. En todo caso, la Universidad como institución del conocimiento solo podrá formar culturalmente y ser fuerza social si no tiene una actividad académica e investigadora desgajada de su realidad socio-histórica, de su existencia en el contexto presente y real de la vida pública.

Tras la senda de Ellacuría, el P. Nicolás lo expresó en una entrevista unos meses antes de dejar su cargo de General de la Compañía de Jesús:

*como institución social, la universidad tiene una función hacia la sociedad... queremos, a través de la universidad, ayudar a una sociedad particular en sus valores, perspectivas, en su visión de lo que es bueno para la gente... y por eso, si estamos en una universidad, debemos preguntarnos a nosotros mismos continuamente si estamos desarrollando esta función social... Creo que la universidad es el mejor lugar para invitar a que los políticos tengan diálogos más profundos...*

También Ortega reclamaba que la Universidad debía recuperar su función social, abriéndose a la plena actualidad, estando en medio de ella e incluso sumergida en ella<sup>24</sup>. Ese gran poder que habría abandonado en manos de los medios de comunicación como único interprete de la actualidad y de la opinión pública, e intervenir en ella *tratando los grandes temas del día desde su punto de vista propio –cultural, profesional, o científico*. Era ésta una cuestión esencial para que la Universidad no quedase reducida a una

---

<sup>24</sup> ORTEGA, J., o. c., 77.

*institución sólo para estudiantes, un recinto ad usum delphinis, sino que, metido en medio de la vida, de sus urgencias, de sus pasiones, ha de imponerse como un "poder espiritual" superior frente a la Prensa, representando la necesidad frente al frenesí, la seria agudeza frente a la frivolidad y la franca estupidez.*

Único camino para recuperar lo que fue en su mejor época: *un principio promotor de la historia europea*<sup>25</sup>.

En tanto que fuerza social tiene que ver con el emprendimiento y la innovación, pero no puede dejar de lado la formación de las personas en profundidad. Estoy convencido de que la universidad tiene algo decisivo y urgente que aportar en esa tarea de análisis de la realidad y propuesta creativa y positiva ante ella. Hemos de hacer cosas que nadie puede hacer por nosotros. Si fracasamos, toda la sociedad sufrirá las consecuencias.

## **7. Solo se forma en cultura desde la no neutralidad axiológica: el caso de la Universidad jesuítica**

En la misión de nuestros centros universitarios creo que un gran reto es la constante preocupación por conjugar la experiencia educativa que nos proporciona nuestra tradición, con la actualización continua que los cambios sociales exigen. Saber quiénes somos y de dónde venimos y por qué somos universitarios. Más bien uno puede ser libre sabiendo quién es y no negando su identidad. Si hay una claridad de visión suficiente y si se comparte dentro de la institución una universidad puede tener mucha fuerza social.

*Abrirse a las necesidades del mundo contemporáneo exige disponer, para su esfuerzo docente e investigador, de una independencia moral y científica frente cualquier poder político, económico e ideológico,*

así lo formula la Carta de las Universidades de 1988, pero eso no ha de confundirse con neutralismo, ni verlo reñido con una identidad definida. Al contrario, pues no hay neutralidad axiológica en el conocimiento, pues tanto su generación como aplicación *implica siempre valores y una determinada concepción del ser humano*<sup>26</sup>.

Como dijo el padre Kolvenbach en ETEA (Córdoba), donde trabajaba el padre Romero:

*el saber, por puro y aséptico que pretenda ser, no es nunca neutro, sino que siempre es solidario de una visión del hombre y de un cuadro o sistema de valores... Lo mismo pasa con las instituciones creadoras y trasmisoras del saber, aunque pretendan ser y presentarse como neutras no lo son ni pueden serlo*<sup>27</sup>.

---

<sup>25</sup> Ibid., 78-79.

<sup>26</sup> Reunión Internacional de la Educación Superior de la Compañía de Jesús, Roma, 27-V-2001, n. 27.

<sup>27</sup> KOLVENBACH, P. H. (1994) *Presente y futuro de INSA-ETEA*, Córdoba, n. 24 (en KOLVENBACH, P. H. (2008) *Discursos universitarios* (selección de M. AGÚNDEZ), Madrid, 150-151).

Esto vale para también las que pretenden ubicarse en lo que en nuestra cultura pública se suele denominar terreno "laico". La supuesta asepsia axiológica es ya una clara opción no neutral. Y una universidad jesuítica celebra su no neutralidad.

Ahora bien, en ningún caso la cualificación de católica o jesuítica dada a una universidad, es licencia para ponerse al margen de la triple función que hace que una universidad sea universidad. Mantener el adjetivo quiere decir que la universidad jesuítica puede y debe descubrir en su propia textura institucional y en sus genuinos objetivos universitarios el campo específico y adecuado para desarrollar la misión de Compañía, dentro de la misión de la Iglesia. De ahí que las Universidades de la Compañía y los que trabajamos en ellas tengamos nuestro propio modo de realizar la misión de la Compañía o de la Iglesia pero también un propio modo de ser universidades y un propio modo de ser universitarios. Es un modo no neutral que pide conjugar desde las funciones universitarias la *fe-Justicia-Cultura-Diálogo*. No hay que tener rubor por apuntarse a la no neutralidad a la que me refiero. Lo peor suele ser la no neutralidad escondida bajo apariencia de neutralidad. Hay que ser en esto también ignacianos maestros de la sospecha.

Esto, por ejemplo, significa como en la Universidad de Santa Clara explicó el P. Kolvenbach que los profesores en el desarrollo de sus funciones y los estudiantes a lo largo de su formación, dejen

*entrar en sus vidas la realidad perturbadora de este mundo, de tal manera que aprendan a sentirlo, a pensarlo críticamente a responder a sus sufrimientos y a comprometerse con él de forma constructiva. Tendrían que aprender a percibir, pensar, juzgar, elegir y actuar a favor de los derechos de los demás, especialmente de los más desfavorecidos*<sup>28</sup>.

Lo cual no comporta —como explicó Ellacuría— que

*sean los más pobres lo que deban entrar a cursar sus estudios en la universidad, ni que la universidad deba dejar de cultivar toda aquella excelencia académica que se necesita para resolver los problemas reales que afectan a su contexto social. Significa más bien que la universidad debe encarnarse entre los pobres, intelectualmente, para ser ciencia de los que no tienen voz*<sup>29</sup>.

Y significa también que la investigación busque decididamente la verdad sobre las cuestiones que tanto preocupan al mundo: las realidades socioeconómicas de la empresa, del papel de la ley, de la salud, la educación, o las cuestiones que atañen a la pobreza, la desigualdad, los conflictos sociales o violencia, los fenómenos de exclusión y marginación, la problemática Norte-Sur, las migraciones, el asilo, la familia y los menores, la ecología y el ambiente.... También todo el amplio campo de los valores fundamentales (paz, justicia, solidaridad, libertad, sostenibilidad...) y los derechos humanos.

---

<sup>28</sup> KOLVENBACH, P. H. (2000) *El servicio de la fe y la promoción de la justicia*, Santa Clara, n. 42 (o. c., 183)

<sup>29</sup> *Ibid.*, n. 27 (o. c., 178).

## 8. La cultura y su “entraña” ética

La ética no es un mero complemento, ingenioso apéndice o nota a pie de página; tampoco es solamente deontología. La ética forma parte de las “entrañas” de la cultura. Es importante, por supuesto, que en las universidades se impartan asignaturas de ética, obligatorias para todos los alumnos, sea cual sea su carrera; pero no menos que sea preocupación de todos los que trabajan en ellas, de profesores, investigadores y del personal de administración y servicio. Querámoslo o no, en el trasfondo de todos los elementos que abordamos está la preocupación por los problemas éticos y por la dimensión ética de todos los problemas. En definitiva, se trata de descubrir la relación que los diversos conocimientos teóricos y prácticos tienen con la persona humana y, consiguientemente, cómo afectan a la orientación de las disciplinas y la investigación. Ahí estriba la tarea radical de la cultura.

Creo que ese modo de ver la ética está en consonancia con la orientación que marcó Ortega y siempre ha estado presente en el modo de ser universitario de José Juan Romero, siguiendo el paradigma Ledesma-Kolvenbach que nos marca en el horizonte de la *utilitas*, *humanitas*, *iustitia* y *fides*: Excelencia profesional con sentido social y humanista según la fe cristiana.

Sin entrar aquí en la exposición detallada de lo que este paradigma universitario significa, sí quiero traer a colación varias ideas escritas por el profesor Hortal en las que descubro una magnífica articulación de una ética coherente sobre los cuatro goznes que constituyen las citadas metacompetencias, a modo de lo que sucede con las virtudes cardinales como goznes que sostienen la vida moral<sup>30</sup>:

- No basta con ser competentes para ser justos, humanos o cristianos. Pero los profesionales que no son competentes no puede ser ni justos, ni humanos, ni cristianos, al menos en su vida profesional.
- Cuando la capacidad práctica de realizar la propia actividad profesional va unida al compromiso social en favor de la justicia, éste está en condiciones de hacerse efectivo al menos en los aspectos relacionados con la propia profesión. Cuando falta esta conjunción puede ocurrir que alguien trabaje por la justicia como voluntario en las horas libres, mientras pone su trabajo profesional al servicio de unos fines que poco o nada tienen que ver con la justicia.
- Es importante que la competencia, dedicación y compromiso con la profesión no degeneren en la “barbarie del especialista”, ni en la deshumanización del profesional.
- La *fides* –una fe que se hace justicia desde la profesión– sólo se relaciona con la *utilitas* mediante la correspondiente integración personal y social con la *iustitia* y la *humanitas*.

---

<sup>30</sup> HORTAL, A. (2008) “Utilitas: la dimensión práctica de la formación universitaria”: *RFS* 252, 633–650, aquí 647–650.

## 9. La cultura pone en el centro a los estudiantes

Tenía claro Ortega que en la correcta construcción de la universidad es la que parte del estudiante, no del saber ni del profesor<sup>31</sup>. En efecto, se enseña para educar, por lo que el protagonismo no debe estar en el que enseña sino en el que aprende. También el papa Francisco lo tiene claro:

*cuando estructuras, currículum, programas, contenidos, evaluación, modos de gestión, pugnan por acaparar el primer plano... hay que decir con claridad que no se comprende la educación sin poner en el centro al ser humano*<sup>32</sup>.

Efectivamente, *el criterio real de evaluación de nuestras universidades jesuitas radica en lo que nuestros estudiantes lleguen a ser*<sup>33</sup>. El centro de la educación es siempre la persona, como sujeto y fin. Y en una perspectiva antropológica cristiana, el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, es único, siendo esta experiencia original la de ser persona, pues es "soledad última" y también "ser en relación", a imagen de Dios-Trinidad. Esa experiencia original señala una verdad fundamental: el ser humano no tiene precio, sino dignidad. Y la sociedad como ámbito de desarrollo y realización de la persona. En ella es en donde ha de ser tutelada su dignidad y reconocidos y respetados sus derechos, fundados en esa misma dignidad.

Teniendo en cuenta que la dignidad humana se va haciendo en el camino de la historia, me atrevo a pensar que al alumno del futuro se le va a requerir cada vez más disposición para un aprendizaje consistente (en el que el esfuerzo siga siendo valor indispensable), activo (en el que el estudiante tenga iniciativa y reclame protagonismo), constructivo (orientado a la adquisición creciente de competencias diversas, para saber, saber hacer y saber estar en el ejercicio profesional y en el discurrir de la vida), cooperativo (pues se aprende más cuando se comparte y aprende de otros), continuo (ya que la incesante necesidad de adaptación al cambio requiere asumir que no es posible dejar de aprender) y universal (pues el aprendizaje cooperativo y continuo no debe ponerse fronteras). Esta disposición a la apertura, a la innovación, a la internacionalización, a la solidaridad... contribuirá a su verdadero desarrollo profesional y a una más plena realización personal.

Y se necesitarán profesores que, por un lado, estén en condiciones de canalizar y dar respuesta a esa disposición al aprendizaje de los estudiantes y, por otro, sean capaces de servir a la sociedad también desde la creación y transmisión de conocimiento. Para ello será preciso que la selección de profesorado atienda tanto a la dimensión docente como a la investigadora, con el mismo carácter consistente, activo, constructivo, coo-

---

<sup>31</sup> ORTEGA, J., o. c., 49.

<sup>32</sup> FRANCISCO (2016) "Educar en la cultura del encuentro", en *Papa Francisco y la Familia. Enseñanzas de Jorge Mario Bergoglio-Papa Francisco acerca de la familia y la vida 1999-2015*, Librería Editrice Vaticana-Romana Editorial, 69.

<sup>33</sup> KOLVENBACH, P. H. (2000) *El servicio de la fe y la promoción de la justicia*, Santa Clara, n. 39 (o. c., 182).

perativo, continuo e internacional. Y para ello necesitará estar dispuesto a mejorar constantemente en el uso eficaz de las herramientas pedagógicas más tradicionales y en el acercamiento a las más innovadoras para activar el aprendizaje, en la utilización apropiada de los medios investigadores, en el conocimiento y vivencia de los valores que articulan la convivencia entre todos, en el cultivo de su proyección internacional y, por supuesto, en su actualización científica y también social.

En tiempos de tribulaciones varias, se impone redoblar los esfuerzos por formar a personas dispuestas a poner lo mejor de sí mismas en construir sobre cimientos sólidos y contribuir a mejorar la realidad, por dura que sea. Hemos de ayudar a nuestros alumnos para que vean más allá de la superficie de las cosas y de su propio autointerés; para que vislumbren las posibilidades de una nueva realidad capacitándoles para alumbrarla y hacerla posible. Para ello estamos obligados a darles oportunidades de recibir

*una educación de la persona completa en la solidaridad bien informada para con el mundo real que tenga en cuenta los valores evangélicos. Una formación que trabaje eficazmente por labrar personalidades conscientes, competentes, compasivas y comprometidas*

como nunca se cansó de pedir el P. Kolvenbach. Si esto para nosotros siempre ha sido fundamental, aún lo es más en los tiempos que vivimos. Así lo ha entendido y transmitido de palabra y obra José Juan Romero, SJ, a lo largo de su felizmente dilatada carrera universitaria desde la vocación de compañero de Jesús. *Deo gratias.*